

TRADICIONES POPULARES DE VENEZUELA Y SUS RAÍCES IBÉRICAS

Mark Dinneen

Universidad de Southampton, Reino Unido

Como profesor de estudios hispánicos, especialista en cultura latinoamericana, Extremadura es una región que tiene una importancia especial para mí. No solo me interesa por su historia, y sus ricas tradiciones culturales, sino también porque jugó un papel tan fundamental en la difusión de la cultura ibérica por gran parte del continente americano. Como estudiante de la historia latinoamericana, leí sobre Pizarro en Perú, y Cortés en México, pero más allá de esos casos tan conocidos el impacto que extremeños tuvieron sobre América Latina, especialmente en el siglo 16, era extenso y profundo, inclusive en Venezuela, país donde ahora hago gran parte de mi trabajo como investigador, y donde tengo relaciones familiares. En el oeste de Venezuela, están las ciudades de Mérida y Trujillo, nombrados por sus fundadores por sus pueblos nativos en Extremadura. Pero la herencia cultural de España es muy evidente hoy día en muchas otras regiones de Venezuela, y en gran parte de la vida cultural del país, inclusive en las numerosas fiestas tradicionales que se celebran con regularidad en distintas regiones.

No es sorprendente que las raíces ibéricas se vean claramente en estas fiestas, ya que la mayoría de ellas fueron implantadas durante la época de la colonización española, con los objetivos de consolidar el catolicismo y de integrar las comunidades nativas en las estructuras del poder colonial. Sin embargo, en el transcurso de los siglos, las fiestas tradicionales de Venezuela se han desarrollado de una forma distinta y original, por ejemplo incorporando elementos indígenas o afro-americanos, para producir expresiones y costumbres híbridas, que son promovidas hoy día como importantes elementos constituyentes de la identidad nacional venezolana. El dinamismo de las fiestas tradicionales es una de sus características más notables e interesantes; es decir, como la herencia ibérica ha sido transformada, y sigue transformándose hoy día, recreada constantemente, y expresada regularmente en ceremonias que no son vestigios del pasado, sino partes integrantes de la vida, y sistema de creencias y valores, de gran parte de la población venezolana.

Para comprender este proceso de transformación cultural, que produce nuevas expresiones híbridas, el concepto de 'transculturación', creado por el antropólogo cubano, Fernando Ortiz, hace casi setenta años, todavía nos provee un enfoque teórico muy útil. Para Ortiz, la interacción cultural entre los distintos grupos sociales no era sencillamente cuestión de la implantación de las costumbres culturales del grupo dominante sobre el subalterno, que necesariamente resultaba en la gradual eliminación de las tradiciones culturales de las comunidades subalternas. No era un proceso de una sola dirección, como lo presentaban los antropólogos estadounidenses y europeos que empleaban la noción de 'aculturación' en su análisis del contacto entre culturas distintas. Al contrario, Ortiz lo veía como un proceso de intercambio mutuo, de dos direcciones, y los dos grupos sufrían cambios como resultado. En su obra más famosa, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), en la cual usa el término 'transculturación' por primera vez, Ortiz describe como, durante el proceso de colonización de Cuba, los españoles también tenían que hacer cambios culturales, ya que eran '.....de distintas culturas y ellos mismos desagarrados, como entonces se decía, de las sociedades ibéricas peninsulares y transplantados a un Nuevo Mundo, que para ellos fue todo nuevo de naturaleza y de humanidad, donde tenían a su vez que reajustarse a un nuevo sincretismo de culturas' (Ortiz, 1995, 99).

En el proceso de 'transculturación', la población cubana asimilaba las costumbres culturales impuestas por el colonialismo español, pero no de manera pasiva. Las recreaba, a veces fusionándolas con tradiciones indígenas, o, debido a la importación de esclavos negros, costumbres de origen africana, y el resultado era, lo que Ortiz denominaba, 'neoculturación', la producción de nuevos fenómenos culturales, híbridos, una mezcla original de tradiciones españolas con otras de diversos orígenes. En las palabras de Ortiz, '...en todo abrazo de culturas sucede lo que en la cópula genética de los individuos: la criatura siempre tiene algo de ambos progenitores, pero también es distinta de cada uno de los dos' (Ortiz, 1995, 103). Tal vez lo más importante de esta visión del contacto cultural es que la población subalterna tiene poder creativo. En Cuba se convirtió al catolicismo, sí, pero creó sus propias formas de catolicismo popular, incorporando, a veces, ritos africanos, o costumbres indígenas. Para Ortiz, este sincretismo, impulsado por la participación popular, era la característica principal de la cultura cubana.

Este concepto de un proceso dialéctico de transculturación también puede enriquecer nuestra comprensión de las tradiciones populares en Venezuela. Nos explica como todos sus ingredientes culturales - principalmente españoles, africanos, e indígenas - fueron

transformados mediante su contacto, produciendo nuevas expresiones que han continuado sufriendo cambios hasta el presente. La noción de 'transculturación' nos permite reconocer tanto la importancia de la herencia ibérica como la creatividad original del pueblo venezolano. El sincretismo que resulta es muy evidente, por ejemplo, en las fiestas anuales que conmemoran los santos más populares. Las prácticas del culto a San Antonio, San Benito y San Juan, transplantadas en Venezuela por los españoles, se desarrollaron de una manera cada vez más independiente en Venezuela, organizadas por las comunidades populares, fuera del control directo de la iglesia católica. Durante la época colonial, la iglesia estimuló la creación de hermandades o cofradías para organizar, entre otras actividades, ritos religiosos, inclusive la veneración de los santos. Estas cofradías, cada una generalmente formada a base de un grupo social y étnico, como, por ejemplo, el de los 'negros libres', y el de los 'esclavos negros', introdujeron bailes y cantos afroamericanos e indígenas en el culto, dando así nueva forma a las conmemoraciones dedicadas a los santos. La antropóloga venezolana Angelina Pollak-Eltz explica que en la época colonial los esclavos en Venezuela sólo fueron permitidos celebrar fiestas unas cuantas veces al año, y así '(como).....no podían festejar a todas las antiguas divinidades africanas bajo el aspecto de diferentes santos católicos, de esta suerte los atributos de muchas deidades se fueron transfiriendo a la figura de un solo santo: San Juan o San Pedro, San Benito o San Antonio' (1972b, 193). Hoy día, las fiestas de San Antonio, San Benito y San Juan, celebradas en distintas regiones del país, son una fusión extraordinaria del catolicismo europeo y las costumbres populares afrovenezolanas.

La fiesta de San Antonio, celebrada el 13 de junio, tiene sus manifestaciones más ricas en el estado Lara, al oeste de Caracas. Allí, un velorio para el santo tiene lugar la noche del día 12, y la parte principal de la fiesta el próximo día es una serie de cantos y bailes, colectivamente llamados el 'Tamunangue', que se realiza en las calles y delante de la iglesia. Comienza con una batalla simulada, los bailadores esgrimiendo con palos, lo que es seguido por distintos bailes, muy sofisticados, en honor del santo, algunos de los cuales tienen sus raíces en el folklore español. Sin embargo, la presencia africana es evidente en la música que se oye durante estas celebraciones. El nombre 'tamunangue' se refiere a los tambores, llamados tamunangos, de origen africano, que se emplean para acompañar los bailes.

Según Pollak-Eltz, una notable característica africana evidente en la veneración de todos estos santos en Venezuela es la tendencia de atribuirles rasgos humanos, tanto positivos como negativos. Los adeptos tienen una relación personal con los santos, y los tratan como buenos amigos (1972a, 50). Se dice que San Benito, por ejemplo, es un santo alegre y, ya que le gustan

tanto la música, el baile y el alcohol, quiere participar en la fiesta con la multitud. Es un santo de veneración especial en las comunidades afrovenezolanas más al oeste del país, en el estado Zulia. Se consideraba patrón de los esclavos, porque según una leyenda era un esclavo negro, vendido por los moros. En algunas partes de España, las procesiones bailables forman parte integral de las ceremonias dedicadas a este santo, pero en Venezuela las procesiones para San Benito son frenéticas, caracterizadas por los ritmos poderosos de un gran grupo de tambores llamados 'chimbangueles', también de origen africano, posiblemente bantú. Además, los bailes realizados por los participantes son africanos, y algunos todavía llevan sus nombres africanos, como 'Agé' y 'songorongomé yayá'. Es un buen ejemplo de cómo el pueblo afrovenezolano usó sus prácticas católicas para dar continuidad a sus propias tradiciones culturales, consideradas incultas y blasfemas por las autoridades coloniales. Es decir que el proceso de transculturación le permitió expresar cierta resistencia cultural a pesar de los estrictos controles impuestos por el régimen colonial.

En Venezuela, San Juan también ha sido considerado, por muchos siglos, un santo especial para los esclavos y sus descendientes. Según Pollak-Eltz: '...es el santo más importante de los negros venezolanos. No cabe duda que se puede identificar con los dioses de la fertilidad y de la lluvia de algunas regiones africanas' (1972a, 49-50). Esta identificación no es difícil de comprender, ya que en España y otras partes de Europa la fiesta de San Juan se fundió con celebraciones paganas del solsticio estival, y muchas veces da un papel importante a las fuerzas vitales de sol, representado por hogueras o fuegos artificiales, y de agua, con los baños rituales formando parte de la fiesta. En Venezuela, las fiestas en honor a San Juan otra vez son acompañadas por los redobles de tambores africanos. Se le trata a la imagen del santo como participante activo en las celebraciones. Es llevada por las calles por la multitud que baila y canta, tambaleada de un lado a otro, obligada a bailar con todos los otros participantes, quienes '...echan, a veces, un vasito de aguardiente encima de la cabeza del santo, diciendo: «le gusta tomar un traguito, San Juan es muy borrachero» (Pollak-Eltz, 1972b, 193). Después, muchas veces, es llevada a un río y metido en el agua, para que pueda bañarse con sus devotos en un acto de purificación. El alcohol y el baile, generalmente muy sensual, son ingredientes esenciales de la fiesta, demostrando como se ha alejado de sus formales orígenes religiosas.

A pesar de su largo desarrollo histórico, la expresión cultural afrovenezolana fue menospreciada durante mucho tiempo debido al prejuicio, y según otra especialista en el tema, solo hace poco más de 60 años que se ha reconocido la riqueza de su contribución a la vida cultural del país, con los primeros estudios producidos en la década 50 del siglo pasado (Aleman, 1997). Hoy día, estas tradiciones son

promovidas por el Estado o autoridades locales como manifestaciones de cultura nacional y atracciones turísticas, lo que puede ocasionar otros cambios en su forma de organización o presentación. Sin embargo, en un estudio de las celebraciones del día de San Juan en Venezuela, el antropólogo estadounidense, David M. Goss, ha observado como muy a menudo las comunidades resisten la intromisión de otras entidades, y intentan continuar sus costumbres en su propia manera (Guss, 1998). Por eso, ahora muchas de las fiestas afrovenezolanas existen como una acomodación entre las necesidades y deseos de la comunidad por un lado, y los intereses comerciales de otras organizaciones sociales por el otro.

Hay que mencionar un ejemplo más de las fiestas afrovenezolanas, ya que es tal vez la que ha atraído más la atención de antropólogos, visitantes y turistas. Es la fiesta de los diablos danzantes que tiene lugar en varios pueblecitos no muy lejos de Caracas para celebrar el día de Corpus Christi. Es sabido que festividades parecidas fueron celebradas en algunas regiones de la Europa medieval, y que la práctica de vestirse como un demonio para rendir homenaje a Cristo, así representando simbólicamente la sumisión de la maldad a sus doctrinas, fue otro rito llevado a las colonias por los españoles. Durante varios siglos la fiesta de Corpus Christi en España consistía en procesiones vistosas, parecidas a desfiles carnalescos, pero este rasgo desapareció en el siglo 18, prohibido por el rey Carlos III. La fiesta se estableció en Venezuela durante el siglo 17, y allí las procesiones prohibidas en España perduraron como parte integral de ella. Los esclavos desempeñaron un papel principal, y se incorporaron ciertas costumbres africanas, más notable algunos elementos de los bailes de máscaras. Como explican dos investigadoras venezolanas: '...cuando se pretendió regular la participación [en las ceremonias religiosas] de danzas de indios, negros y mulatos, dichas expresiones se habían arraigado en la población, e independientes de la dinámica propia de todo hecho cultural, perduran hasta el presente' (Fuentes y Hernández, 2003, 9). Hoy día, como antes, los danzantes son individuos que han prometido bailar, a veces año tras año, o tal vez para toda la vida, para pagar una promesa hecha a cambio de un favor recibido, como la recuperación de una enfermedad (Domínguez, 1984, 20). En las calles llenas de espectadores, fuegos artificiales anuncian la llegada de los diablos, que aparecen bailando, manteniendo el ritmo con una maraca, vestidos de colores vibrantes, con máscaras grotescas, cuernos y colas. Hacen sus promesas en la iglesia y luego continúan su baile por las calles, visitando varias casas en el camino. El acto final es una procesión en la noche, cuando, finalmente, frente la iglesia, los diablos se arrodillan en sumisión, antes de la celebración de la Eucaristía. En ninguna otra expresión folklórica del país se ve mejor la fusión de elementos culturales de fuentes diversas.

Durante la época colonial, la celebración de Corpus Christi dio a los esclavos la oportunidad de superar, por lo menos por un día, su posición en el estrato más bajo de la sociedad, tomar posesión de las calles, y, hasta cierto punto, desafiar la autoridad de la iglesia, reclamando su derecho de tener un papel destacado en sus ceremonias oficiales. Hoy en día, sigue siendo una fiesta que combina lo sagrado con lo profano. Entre los solemnes ritos religiosos, los diablos brincan y bailan como payasos, gritan, consumen alcohol, y hacen comentarios groseros al público que los observa. También mezcla la religión con la magia. En las calles los bailadores rezan delante de los numerosos altares establecidos allí, pero también bailan en casas privadas para desviar las malas influencias y asegurar una buena cosecha. Los trajes y máscaras confeccionados para la fiesta son verdaderas obras de arte, y dan expresión a la creatividad e innovación de cada individuo. Pollak-Eltz apunta que las máscaras, hechas de papel maché en moldes de arcilla, comparten ciertos rasgos con las que se usan en algunos países africanos en rituales de la fertilidad (1972b, 59).

La fiesta de Corpus Christi más famosa de Venezuela es la del pueblo de San Francisco de Yare, a 60 kilómetros al nordeste de Caracas, donde sigue siendo organizada por una cofradía creada en la época colonial. Como otras, esta cofradía también funciona como importante red de solidaridad dentro de la comunidad, y los socios se ayudan el uno al otro durante momentos de dificultad familiar, como enfermedad o apuros económicos. Reconocen que están continuando una tradición que durante siglos ha servido para unir la comunidad, y la víspera del día de Corpus Christi rinden homenaje a los cofrades de generaciones anteriores bailando delante de las puertas del cementerio del pueblo. La esencia de la fiesta – es decir, los objetivos, la forma básica de su organización y los ritos principales – ha cambiado poco durante los siglos, pero su conversión en un espectáculo turístico en las décadas recientes, a veces estimulada por instituciones estatales, inevitablemente ha provocado modificaciones en ciertos detalles de su actuación. En el año 2007, el gobierno del Presidente Hugo Chávez ayudó a promocionar la fiesta por medio de una campaña publicitaria, con el objetivo de estimular el interés en el folklore venezolano y, mediante un nuevo tipo de turismo que respete las tradiciones de la comunidad, la apoya en vez de explotarla, creando nuevas fuentes de ingresos para ella.

A pesar de la represión sufrida durante varios siglos por la cultura indígena de Venezuela, todavía perduran elementos importantes de ella, inclusive idiomas indígenas, formas tradicionales de vivienda y ritos religiosos, principalmente en el interior del país y en las zonas más remotas. En otras partes se nota la fusión de costumbres indígenas y otras europeas. La fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes, celebrada en el pueblo de Maparirí, en el estado Falcón en el noroeste del

país, es tal vez el mejor ejemplo del sincretismo entre el catolicismo ibérico y las prácticas amerindias en Venezuela. La Virgen de las Mercedes ha sido venerada en algunas partes de España desde el siglo 16, pero en Maparirí su fiesta se ha confundido con antiguas celebraciones indígenas en homenaje a las fuerzas de la naturaleza, y a todo lo que provee para la comunidad. En agradecimiento por la cosecha, los miembros de un grupo indígena, los ayamanes, ofrecen los primeros frutos de sus granjas a la Virgen. Durante la noche tocan música con flautas de carrizo y cachos de venado, y realizan bailes tradicionales alrededor de las ofrendas, representando en sus movimientos la caza o los esfuerzos de los labradores de defender los cultivos contra pájaros y animales. El día siguiente no solo asisten a una misa en la iglesia del pueblo, sino también colocan las ofrendas a la orilla del río, '.....como donativos a los espíritus de la naturaleza de sus antepasados indígenas' (Pollak-Eltz, 1998, 251).

La continuación del proceso de transculturación en Venezuela, siglo tras siglo, es ejemplificada en los cambios sufridos con regularidad por la celebración del carnaval en distintas regiones del país. Todavía son muy evidentes los vínculos con el carnaval en España. Un ejemplo se ve en el pueblecito pesquero Naiguatá, al este de Caracas. Allí, el fin del carnaval se celebra, entre mucho jolgorio, con el 'entierro de la sardina', como en ciertos pueblos españoles. La figura de la sardina, hecha de cartón, es llevada en una urna por la aldea, mientras los participantes, vestidos con disfraces extravagantes, realizan una especie de teatro de la calle, demostrando un dolor exagerado por la muerte del pez. La fiesta termina a medianoche cuando la sardina es lanzada al mar. Sin embargo, la forma precisa de los festejos carnavalescos varía bastante según los factores históricos y sociales específicos de cada localidad. Obviamente, esos factores han ocasionado notables variaciones regionales en el proceso de transculturación. Caso muy original es el de El Callao, pueblo del oriente establecido a mediados del siglo diecinueve después del descubrimiento de oro en un río cercano. Las compañías mineras que operaban allí, principalmente británicas y estadounidenses, contrataban a sus obreros de las islas caribeñas, como Trinidad y Martinica, y, gracias a sus descendientes, el carnaval de El Callao sigue siendo una fiesta de fuerte influencia antillana, lo que es evidente en los trajes usados por muchos de los participantes, y la música que tocan. De importancia especial son los calipsos, que son de origen trinitario y muchas veces cantados en inglés, pero que han ido adquiriendo sus propias características. Son acompañados por instrumentos venezolanos, como las maracas y el cuatro, y las letras narran con humor acontecimientos locales. Mientras que conservan ciertas tradiciones transmitidas por las generaciones anteriores, los participantes también introducen de vez en cuando nuevos elementos sacados de otros ambientes culturales. Ahora entre los disfraces, por ejemplo, se encuentran los de

personajes populares de la televisión, como el Zorro y el Superman. Así, en el transcurso de los años, el carnaval se revitaliza a medida que el pueblo abandone ciertos elementos que han dejado de tener utilidad y elijan otros nuevos que tengan más atractivo para él.

Finalmente, es necesario mencionar las dos celebraciones más importantes del calendario cristiano, la Navidad y la Semana Santa. Sin duda, las festividades navideñas son las más importantes y difundidas de Venezuela. Algunas de las tradiciones populares asociadas con la época son mezclas de teatro, música y baile, como las danzas de los Pastores, realizadas en varios pueblos en los estados de Aragua y Carabobo. Es una celebración que data del siglo 18. Después de la misa de gallo, aparece el ángel Gabriel, representado por una niña, e informa a un grupo de participantes que hace el papel de los pastores del nacimiento de Cristo. El grupo pasa por el pueblo buscando al bebé, es decir, la pequeña estatua del Cristo recién nacido. Una vez que lo encuentran, pueden iniciar la fiesta de celebración, que dura casi toda la noche, con bailes al son del furruco y al cuatro. Los conflictos que estas fiestas de creación popular a veces generaron entre la iglesia y las comunidades se evidencia en el hecho de que las danzas de los Pastores fueron prohibidas durante cierto período, ya que la iglesia consideró que era inapropiado que los hombres y mujeres bailaran juntos. Finalmente la fiesta se reactivó, y como en otras, como la del día de los santos de los inocentes, y la de la epifanía, los distintos ingredientes incorporados mediante un largo y continuo proceso de participación popular son evidentes en la música, bailes, trajes y comportamiento de los participantes.

Otro ejemplo interesante es la fiesta de 'la Paradura del Niño', normalmente realizada el primero o dos de enero, y muy popular en la región andina. Parece que sus raíces se encuentran en una costumbre popular en la época colonial cuando las familias invitaban a sus vecinos a sus casas para fraternizar y compartir el espíritu navideño. Hoy día, delante del pesebre, la familia y sus invitados cantan a la figura del niño Jesús, a veces acompañados por músicos que tocan violines y guitarras. Después, sacan la imagen del niño del pesebre, lo colocan en un pañuelo que, sostenido por las cuatro puntas por cuatro personas, es llevado por la casa y el patio. Todos los participantes besan al niño, y luego lo colocan otra vez en el pesebre, esta vez parado, indicando que el santo bebé ya se ha puesto de pie. Se cantan más canciones, muchas de ellas tradicionales de la región, y brindan con vino a la salud del niño. La celebración entre vecinos se ha desarrollado en un tipo de auto sacramental, que tiene de base la interpretación popular de cuentos bíblicos, utilizando recursos locales.

Con respecto a la Semana Santa, las procesiones religiosas que tienen lugar por todo el país se parecen, a primera vista, a muchas otras celebradas en sociedades católicas, inclusive

España, con la multitud rezando, cantando y siguiendo la imagen de Cristo y a veces de otros santos que son llevadas en procesión. Sin embargo, aún en esta tradición relativamente formal y solemne, en cada pueblo se han ido incorporando canciones o músicas distintas, o el uso de instrumentos típicos de la región, o tal vez ciertos detalles de la organización del evento, que la distinguen de sus equivalentes en otras localidades. Algunos pueblos tienen celebraciones particulares para conmemorar la época en su propia manera, como Tostos, en los Andes, donde presentan un drama de la Pasión, y Puerto Cabello, estado Carabobo, donde, con fuegos artificiales y un desfile de barcos pesqueros adornados de flores, bendicen el mar. Estos eventos tienen el apoyo de la iglesia, pero hay otros que nunca han recibido la aprobación eclesiástica. El ejemplo más notable es 'la Quema de Judas', celebrada en muchas comunidades el Domingo de la Resurrección. Es un rito popular establecido en el país durante los primeros años de la época colonial, y todavía celebrada en ciertas partes de Extremadura. En Venezuela, la tradición sigue la misma forma básica de los equivalentes ritos en otros países: un muñeco de trapos, lleno de fuegos artificiales, es llevado por el pueblo antes de ser ahorcado y quemado, vengando la traición de Judas a Cristo. Dirigida por los miembros de la comunidad, toma la forma de una fiesta alegre, con mucha música y bebida, muy diferente de los otros actos solemnes de la Semana Santa. Pero ha asumido otro significado especial para la comunidad, ya que lo han convertido en acto simbólico de la justicia popular. El Judas se vincula con individuos malqueridos - políticos, tal vez, o funcionarios locales - escogidos por los participantes para recibir el juicio del pueblo. Se lee un testamento que detalla sus delitos, y, entre mucho jolgorio, todos contribuyen sus críticas y burlas. Al rito religioso original, las comunidades han agregado su propia interpretación y significado, relacionando el evento directamente a su propia experiencia social, y vengándose de forma simbólica de los que consideran traidores. Según un historiador, desde los años 30 del siglo pasado, todos los Presidentes venezolanos han desempeñado el papel de Judas en una u otra quema (Martínez Alcalá, 1990, 104).

El empleo del concepto de transculturación por parte de Ortiz para analizar la interpenetración cultural era bastante avanzado para la época. Hoy día, bajo condiciones muy diferentes, los términos relacionados de 'hibridización cultural' y 'creolización cultural', esencial para el trabajo de escritores influyentes como García Canclini (1990) y Hannerz (1992), tienen cada vez más importancia en la ciencias sociales y las humanidades. Esto se debe al reconocimiento que a medida que la interpenetración de distintas prácticas culturales se ponga más rápida e intensa, a consecuencia de la globalización, se produzcan constantemente nuevas

expresiones híbridas culturales. La producción cultural está compuesta cada vez más de una mezcla de recursos de diversos terrenos y tendencias. Ahora el interés de muchos antropólogos se concentra en lo que le llamó la atención a Ortiz hace tantas décadas: como los sectores subalternos apropian y reinventan formas y prácticas culturales que les vienen desde fuera para crear nuevas expresiones capaces, tal vez, de expresar valores y perspectivas alternativos a los que predominan en la sociedad. Las fiestas populares de Venezuela sirven como ejemplo, y continuarán modificándose, impulsadas por el proceso continuo de hibridización cultural.

En las universidades británicas la investigación de la cultura popular latinoamericana todavía no recibe la atención que merece, y para la mayoría de nuestros estudiantes de licenciatura de estudios hispánicos es un área casi desconocida. Ya es hora de que dediquemos más tiempo en las aulas a las tradiciones populares del mundo hispánico, que sin duda fácilmente captarían la imaginación de nuestros estudiantes, y proveerían motivación adicional a sus estudios. No hay mejor forma de conocer la historia y la vida social y cultural de un país que por el estudio de estas expresiones de la creatividad popular, que simultáneamente demuestran los elementos culturales que vinculan todos los países de habla española y señalan las características que distinguen la cultura de una nación como Venezuela. Al nivel más amplio, ofrecen al estudiante la oportunidad de comprender mejor como, en un mundo de interacción cultural cada vez más rápida, las costumbres cambian constantemente y se desarrollan nuevas formas de expresión. Las fiestas populares son prácticas y expresiones dinámicas que revelan mucho sobre la cosmovisión y las aspiraciones de sus creadores. Como dice el escritor venezolano, Mario Briceño Iragorry, al referirse a la tradición popular: 'Hay quienes que la adversan por confundirla a la ligera con el ánimo retrógrado y fanático de ciertos temperamentos conservadores, opuestos al espíritu de modificación progresiva.....pero la tradición, lejos de impedir el avance de dicho espíritu, es el módulo que determina el progreso' (Briceño Iragorry, 1980, 105, citado en Fuentes y Hernández, 2003, 48)

Referencias:

- ALEMÁN, CARMEN Elena. (1997) *Corpus Christi y San Juan Bautista: dos manifestaciones rituales en la comunidad afrovenzolana de Chuao*. Fundación Bigott: Caracas
- BRICEÑO IRAGORRY, Mario (1980) *Mensaje sin destino*. Monte Ávila: Caracas
- DOMÍNGUEZ, Luis Arturo. (1984) *Diablos danzantes en San Francisco de Yare*. Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos: Caracas
- FUENTES, Cecilia y HERNÁNDEZ, Daría. (2003) *Calendario de fiestas tradicionales venezolanas*. Fundación Bigott: Caracas
- GARCÁ CANCLINI, Nestor. (1990) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo: México
- GUSS, David M. (1998) *The Selling of San Juan: The Performance of History in an Afro-Venezuelan Community*, en N.E. Whittin y A. Torres (eds). *Blackness in Latin America and the Caribbean*, vol.1, Indiana University press: Bloomington, p.244-277
- HANNERZ, Ulf (1992) *Cultural Complexity: Studies in the Cultural Organization of Meaning*. Columbia University Press: Nueva York
- MARTÍNEZ ALCALÁ, Adolfo. (1990) *Esta tierra mía*. Procter and Gamble de Venezuela: Caracas
- ORTIZ, Fernando. (1995 [1940]) *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Universidad Central de las Villas: La Habana
- POLLAK-ELTZ, Angelina. (1972a) *Vestigios africanos en la cultura del pueblo venezolano*. Universidad Católica Andrés Bello: Caracas.
- POLLAK-ELTZ, Angelina. (1972b) *Cultos afroamericanos*. Universidad católica Andrés Bello: Caracas
- POLLAK-ELTZ, Angelina. (1998) *La religiosidad popular en Venezuela*, en *Venezuela: tradición en la modernidad*, Equinoccio/Fundación Bigott: Caracas, p.245-260.